

EL ESCRUTADOR DE ALMAS (Suplementos del arcón) Segunda parte

Nota: La primera parte de *El escrutador de almas* apareció hace algunos años en la Editorial Psicoanalítica -Psychoanalytischen Verlag-, en Viena, en el callejón de Andreas 3. Terminaba con el solemne funeral del héroe Augusto Müller, que por propia autoridad se había puesto el nombre de Tomás Mundete, no se supo bien si en un arranque de buen humor o como consecuencia de una locura. Esto último es la suposición del relator, quien cuenta esta rara historia exactamente según los informes de la hermana de Augusto, ahora ya muerta. La misma Ágata, precisamente la dicha hermana de nuestro héroe y la única testigo imparcial de todas las aventuras de su hermano, no dejó de creer que Augusto Müller había sido, en verdad, el único ser mentalmente sano de nuestra época y que, sólo por eso, había encontrado una muerte tan miserable, porque él, a pesar de todas sus suplicantes advertencias, las de Ágata, había emprendido la inútil contienda: exterminar de nuevo los bichos, las chinches que habían anidado en su casa.

La narración comienza, como ya quedó dicho, en el momento en que Ágata, acompañada por su viejo amigo Lachmann, regresa del entierro de los mutilados restos de un cadáver que fue aceptado por ella y por todos los demás como los de su hermano Augusto Müller. Sólo su hija Albina se había resistido a reconocer en ese cuerpo, extraído de las ruinas de un choque entre dos trenes, a su tío. Consecuentemente, ella no había tomado parte en el funeral, sino que se había ido a acostar con dolor de cabeza.

-ESTÁ DURMIENDO -MURMURÓ Ágata al doctor Lachmann, y dejó su puesto de escucha en la puerta cerrada de su hija para entrar a la recámara. Ya tenía el picaporte en la mano cuando de pronto se heló su mirada y todo su cuerpo también; soltó el picaporte y se retiró paso a paso con los ojos aterrorizados y fijos en la mitad de la puerta, donde no había nada sino un billete estampado con las palabras: “No estoy en casa”. Pasó, retrocediendo, por los mismos tres escalones amplios y cómodos que conducían a la casa; pero una vez en la callejuela, corrió sin parar por el camino al cementerio, por donde acababa de venir. Lachmann venía jadeante tras ella, pero ella no se molestó en escuchar los gritos con los que él quería moderar su prisa.

Ágata se metió apresuradamente en el cementerio: detrás de ella tremolaba el chal negro de cachemira y el famoso sombrero de Ágata se bamboleaba en su nuca, sujeto a penas por las cintas, como si quisiera espolearla con sus golpecitos. Lachmann alcanzó a ver cómo sacaba de su bolsa bordada, que en la carrera hacía oscilar como si fuera un disco, un manojito de llaves; luego Ágata desapareció entre las tumbas. Cuando él, sin aliento, llagó a la entrada del cementerio, ella se acercó.

-Se me había olvidado encerrarlo -dijo ella y miró a su amigo con ojos que expresaban un duro reproche:- Usted debería habérmelo recordado.

-¿A quién se le olvidó encerrar? -Él miraba con asombro cómo Ágata se volvía a interesar en el manojito de llaves. Obviamente ella buscaba, mientras dejaba resbalar por la argolla la llavecita que tenía en la mano, una llave de tamaño más considerable.

-A quién, pregunta él -la voz de Ágata temblaba de puro desprecio ante la pregunta-. A Augusto, por supuesto... o a Tomás si usted quiere. Ya no se sabe con qué nombre anda por ahí. Pero ahora ya no puede salir: la capilla familiar tiene un buen candado.

-Pero si ya está muerto y enterrado, ¿cómo va a poder salir?

-A veces parece usted un niño, Lachmann -dijo Ágata con aire muy digno-. ¿Cree usted que el montón de

tierra que le han echado encima sea un obstáculo para mi hermano? Mientras no tenga una lápida conveniente sobre su pecho, solo nos protegerá provisionalmente un poco de tierra blanda -y probaba vehementemente una llave tras otra en la tosca puerta de entrada del pequeño y un poco decrepito cementerio.

-Por favor, no se ría de asuntos de tanta gravedad; está hiriendo mis sentimientos fraternales.

-Pero si ya está muerto -fue lo único que pudo responder Lachmann.

-¿Está usted tan seguro? En la puerta de la recámara está colgado el letrero con el aviso de que salió de casa, por lo tanto sin duda está sentado en la recámara. Él siempre dijo lo contrario de lo que realmente hacía. Además, qué seguridad hay de que alguien que esté muerto y enterrado no pueda regresar. A cada momento leemos de muertos que no están muertos y cosas por el estilo. Si ninguna de las llaves le conviene -tiró la puerta haciendo que chillara la cerradura- tendremos que ponerle una piedra. ¡Ayúdeme Lachmann! -Con gran esfuerzo y con la ayuda de su asombrado amigo empujó hacia la puerta una de las viejas lápidas desenterradas de los decrepitos sepulcros, que estaban recargadas en el muro del cementerio.

-Ya está -dijo entonces satisfecha y se sacudió el polvo de las manos mientras Lachmann se secaba el sudor-, aunque pueda escarbar como hormiga la tierra, no podrá pasar de la cancela del sepulcro ni de esta puerta.

-No, no -dijo burlonamente Lachmann-. El que pueda salir del sepulcro, muy bien puede escapar del cementerio.

-Usted no piensa, Lachmann -después de afianzarse rápida y furtivamente la capucha, Ágata comenzó lentamente a caminar hacia la casa-. Se le quemaron las dos piernas, por lo tanto no puede gatear.

-Entonces tampoco puede irse.

Ágata se detuvo: -En esto tiene toda la razón. Pero eso no impide que sea inexcusable que en una puerta tan importante como es la puerta del cementerio el cerrajero ponga una cerradura tan poco decente. ¿Y entonces cómo podemos estar seguros de los muertos? Lachmann se metió tranquilamente las manos en los bolsillos del pantalón.

-Los antiguos se las arreglaban mejor que nosotros en eso de la seguridad. Pero eso no quiere decir que nuestra preocupación y piedad hacia los muertos no hayan inventado toda clase de cosas hermosas. Los ataúdes acostumbra a quedar bien clavados y enterrados, y seis pies de tierra no es cualquier cosa. Entonces la lápida...

-De cualquier manera hay que ponerla, después ya no sirve para nada.

-No debería decir esas cosas -replicó Lachmann. Siguieron caminando, pero él notaba que Ágata se ponía cada vez más reticente-. Y aparte, todavía están los fantasmas. Cuando un fantasma se decide verdaderamente a escarbar la tierra con los dedos, parece que es muy molesto cada vez que le cae tierra en la nariz, en la boca y en los ojos. ¿Qué hará? Primero se sentará tranquilamente sobre el sepulcro, y gracias al claro de luna, leerá el epitafio en la lápida. Da gusto ver el nombre de uno impreso; entonces ¿por qué no debería alegrarse un fantasma con esta solemne publicación de su nombre y ponerse a soñar con los discursos mortuorios y toda la aflicción por su muerte? Nunca lo quisieron tanto como en el día de su entierro. Me pregunto si la trascendencia de esta hora de los espíritus podría caducar. Pero de cualquier manera la lápida le hace más ligera a los muertos la tarea de regresar a su hoyo, y es ahí donde a ellos les corresponde estar. Una visita casual de los queridos muertos, entre sueños, no es bajo ninguna circunstancia mal recibida; pero si, por ejemplo, Augusto...

-No tolero que se digan seriamente estas necedades -dijo cortantemente Ágata-. Augusto Müller está muerto, definitivamente muerto y públicamente enterrado. Sólo los médicos pueden hacer esas bromas tan burdas ante la majestad de la muerte; pero usted está en presencia de dos damas -pues hablo también en nombre de mi hija-, y por lo tanto esas impertinencias de anfiteatro médico están fuera de lugar.

-Entonces él debería renunciar a todos los derechos de la existencia-Augusto Müller, y ser de una vez por todas Tomás Mundete -Ágata se detuvo por segunda vez. Lenta y enérgicamente dijo, con un agradecimiento que venía desde el fondo de su alma: -Como dicen los médicos, la verdad está en boca de los niños y de los locos. Por supuesto que eso es lo que se debe hacer. Venga, rápido, rápido. -Tomó a Lachmann por el brazo y se lo llevó a jalones.

-Por amor de Dios, no corra de esa manera -se resistió el doctor, molesto-. Piense que no estoy tan flaco

como usted. No tengo ganas de que dé una apoplejía. ¿A qué viene esta prisa endemoniada?

Ágata quería salir corriendo: -Él tiene que irse. ¡El reloj! Yo se lo había puesto en la cabecera de su última morada, como de costumbre. Se lo tengo que dar, y entonces tendrá que irse.

-¿A quién? -Él la detuvo por el brazo y repitió-: ¿A quién?

-A él. Albina tenía razón. Enterramos al falso; el verdadero está sentado en la casa, en la recámara, y está desayunando.

El doctor soltó a su amiga y se dobló de risa: -¿Augusto?

-Por el amor de dios y todos los santos truenos y centellas rayos y más rayos. ¡Tomás! Siempre pasa lo mismo con todos los doctores: ustedes presienten lo correcto, pero por pura cobardía no se atreven a actuar hasta que no tienen el diagnóstico seguro -estaba en el último escalón de la entrada, se volvió hacia Lachmann y dijo, levantando y bajando solemnemente el índice-: Tomás... -lo levantaba y lo bajaba- Tomás se llama... -el mismo movimiento todavía más lento, todavía más solemne- Tomás -se enderezó el sombrero y entró.

Moviendo la cabeza, Lachmann la vio irse. ¿Qué pasaba con su viejo amor? Había discurrido y hablado durante un cuarto de hora como si estuviera tan loca como su santo hermano, y ahora salía con que había fingido la historia del fantasma porque quería ganar tiempo. Y si el Bendito, que ya nada tenía de bendito, estuviera desayunando, ¿entonces también había fingido todas las locuras? Subió los escalones y entró justo en el momento en que los dos hermanos se miraban de hito en hito.

Por un momento Ágata se había detenido en la puerta de la recámara a escuchar. No, no había duda de que era el ritmo familiar con que Augusto desde la infancia manejaba el cuchillo y el tenedor en el plato cuando algo le gustaba. Empujó violentamente la puerta diciendo: -Augusto Tomás, quería decirte... -se precipitó sobre el hermano, se arrodilló junto a su silla, tomó su mano y trató de besarla. Augusto-Tomás Müller-Mundete la miró despectivamente, retiró su mano, en la cual sostenía el tenedor que quizás le había dado en su bautizo la hermosa Rottraut, y que en sus puntas tenía un grueso pedazo de embutido de sesos, y dijo: -ya sabes que no me gusta que me molesten cuando estoy trabajando -inclinó la cabeza señalando con intención hacia la cabeza goetheana del Escrutador de almas que, en un estuchito de fotografía en piel, recargado contra una botella de cerveza, brillaba frente a él-. Además, tengo un hambre feroz; da trabajo cuando lo entierran a uno vivo y uno tiene que escarbar para salirse -se había llevado una revenada de embutido a la boca y quería cortar un pedazo de pan que estaba sobre el mantel, en el momento en que Ágata levantándose sujetó su mano e indignada exclamó-: Es uno de mis mantelitos hermosos.

-Por el amor de Dios -exclamó Lachmann desde la puerta y por la emoción olvidó que entre él y Ágata estaba prohibido el tuteo-: Ten cuidado, se le está poniendo roja la nariz.

Tomás se había levantado. En efecto, la nariz se le había encendido de repente como un foco. -Estoy en sumo grado asombrado, Ágata -dijo-, se diría que me tomas por Guillermo el trapero, al que has enterrado en la cripta familiar. Pero sigo siendo Tomás Mundete, el hombre que ha liberado al mundo de sus más grandes plagas. Ya no hay, estoy convencido, chinches en la cámara de la escalinata, Yo las he derrotado totalmente, yo, el matador de chinches. ¿Y tú te atreves a venirme con esa miserable historia del mantelito? Tú, que te has atrevido a arreglar mi templo, mi cámara de chinches de la joven Rottraut, donde yo las aguantaba en esas noches de insomnio en que inventé el contagio interior, el secreto de los secretos, el gran misterio, que nadie puede nombrar por su nombre, y que yo mismo sólo me atrevo a señalar como el Ello.

Cogió el Escrutador de almas, cerró el estuche y se puso el sombrero.

-¿Por qué no preguntas por Albina? -dijo él, súbitamente, y miró a su hermana triunfalmente.

Ágata se puso lívida: -¿qué pasa con Albina? ¿Está enferma?

Tomás se sonó detenida y ceremoniosamente la nariz: -La muchacha está felizmente en camino. Tú te alteras por los manteles, pero que Albina esté destruida por dentro y que la infelicidad aceche, de eso no te preocupas -Ágata se había hundido en una silla y miraba estremecida a su hermano de hito en hito: -¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa con mi niña? ¡Albina! -exclamó ella, y quiso correr hacia la puerta.

-Te puedes cansar gritando -dijo Tomás muy serio-, tu niña va camino a Berlín.

-Tomás, ¿qué arreglo hiciste con Albina?

-Yo, ninguno. Fue Hans Treu, que ahora está muerto, y a quien ella quiere volver a ver. Pero eso no le ayudará en nada, él ya está enterrado y ella deberá conformarse con su imagen, que por cierto trae consigo. Ahora me voy a alcanzarla.

-Entonces yo voy contigo -exclamó Ágata anhelante y se colocó el sombrero de nuevo.

-No -dijo su hermano sencilla y decididamente-, tú no vienes -la empujó hacia la silla y dijo como si nunca hubiera estado enfermo-: Tu hija puede pasarla sin ti. Hans Treu fue aplastado en el tren, en el cual yo debía haber muerto. Lo vi de casualidad cuando yo subía, y ésa es la razón por la cual abandoné de nuevo el tren inmediatamente. No quería hablarle porque él tenía la costumbre de llevar a cabo una bastante estúpida escrutación de almas, no sin consecuencias.

Estaba usando de nuevo su acostumbrado tono, con el cual nadie sabía nunca si hablaba en serio o en broma. -Había decidido a propósito de la silueta -volvió a agarrar el estuche, lo abrió y contempló con cariño al Escrutador de almas- explicársela con una disertación por escrito.

Se había callado súbitamente. Tomó a su hermana por la muñeca, pues esta quería arrastrarse detrás de él hacia la puerta, y dijo: -Si te atreves a seguir a Albina, sucederá una desgracia -tenía los ojos duros por la ira y la nariz aun más roja.

-Yo no voy a permitir que me digas qué debo hacer con mi niña.

Tomás rió irónicamente: -Ahora resulta que de nuevo es tu hija. ¿Sólo porque trajiste a la chiquilla nueve meses en tu vientre? ¿Ella es tu carne y tu sangre? No, gracias a Dios tenemos aquí a un especialista que puede decir qué insignificante es la participación de las personas mayores en la formación y desarrollo del niño. Adelante, Lachmann, explícale aquí a la gallina maternal lo que se sabe sobre la concepción. Tú no estás dispuesto a ver las cosas de frente, pero enseña tu sabiduría. Yo le haré ver claramente a Ágata las conclusiones.

Lachmann llevaba tiempo, con guiños de ojos y jalones al vestido de Ágata, tratando de que ésta lo siguiera. Ahora se puso en actitud magisterial y dijo levantando la mano significativamente, como queriendo protestar la verdad de sus declaración: -No cabe duda de que en el proceso de creación y desarrollo de las personas, los padres como tales no son sino los conductores y proveedores del plasma fecundador; que la madre, científicamente hablando, no es sino una despensa del niño.

Ágata se dejó ir sobre él como una furia: -¡Típico! ¡Típico del hombre! Porque como ustedes no pueden amamantar a los niños... Buenos para nada que son ustedes.

-Di mejor, cobardes -intervino Tomás bruscamente.

-No estoy hablando contigo. ¿Qué saben ustedes los hombres de los niños y de la maternidad?

Tomás se golpeó el vientre: -¿Qué qué sé de eso? Éste está también preñado. Pero eso ahora no importa, hazme caso -cerró la puerta que Ágata había vuelto a abrir; llevó a su hermana hasta la silla, obsequiosamente, y dijo cuando todos tomaron asiento-: En efecto, Hans Treu está muerto, ésa es la verdad. Pero le dejó una herencia, y para manejarla, Albina viaja conmigo.

Ágata se había puesto lívida como un muerto, y contemplaba horrorizada a su hermano.

-Tú me haces el favor de quedarte aquí para evitar los chismes, por el bien de la niña. Trataré, si puedo ganarme un par de ministros, que verifiquen la salida y llegada de la niña, y si ellos no pueden hacerlo, entonces quizá lo pueda hacer el Emperador -se había levantado, puesto el gabán y colocado el sombrero-. Ya que la niña se fue, voy por lo menos a cuidarla, de eso puedes estar segura, y puesto que estoy oficialmente enterrado, nadie llegará a saber dónde está Albina. Le dices a la gente que después del trágico suceso -muerte del tío y del prometido- la mandaste a casa de nuestros amigos ingleses. A la tierra de los ángeles... lo que corresponde después de todo a la verdad, porque ustedes con su estupidez del entierro me convirtieron en ángel¹. -Dio la mano a Ágata, saludó de cabeza a su amigo y salió.

-Loco de remate -dijo Lachmann-, pero loco inofensivo.

1.- Juego de palabras con Engelland: "Inglaterra" o "Tierra de ángeles". (N. de T.).

Ágata se irguió, desató el lazo de su sombrero, lo colocó a su lado cuidadosa y delicadamente, y dijo: -No había pensado que se podía llegar a ser Consejero Sanitario Privado si uno era tan lento de cabeza como usted, Lachmann. Usted no ha entendido absolutamente nada. Sólo Dios sabe por qué se permite que gentes como usted sean doctores -Lachmann quiso enfurecerse, pero no llegó a hacerlo. Ágata se había desmayado.

AL DIA SUIGUIENTE de su funeral, Tomás Mundete estaba sentado en la sala de espera del abogado Wohlich, Consejero Real y conocido especialista en cuestiones matrimoniales. Tomás tenía un viejo tomo de la *Gartenlaube*² ante sí y lo hojeaba cuando la puerta se abrió y un nuevo cliente entró. Era un hombre rechoncho con cachetes hinchados y pálidos que, disneico, echaba con su aliento nubes enteras de fetidez alcohólica. Ceremoniosamente, tomó asiento junto a Tomás, colocó sus blancas manos recogidas sobre la mesa y comenzó a girar los pulgares ante los ojos ansiosos y saltones de su vecino, quien lo miraba fijamente.

-¿Usted ya también sabe que eran dos? -dijo Tomás enojado, y puso su manota tan firmemente en las del hombre resoplante que éste detuvo el movimiento.

-¿Dos? Que si no lo sabía. Pero le agarré uno. Y ahora me deshago de ella. Que tamborileen y le rechiflen a Dios. ¡Ese asno!

Había proferido la última palabra con tal placer voluptuoso que se lamió los labios para luego sacar ceremoniosamente su pañuelo y limpiarse la boca. Tomás arrugó con desaprobación la frente...estaba ocupado todavía con el diálogo que acababa de tener con su sobrina Albina y la expresión “asno” le pareció demasiado cortante sin el conciliador adjetivo “pequeño”. De pronto destellaron sus facciones y con las palabras: -Ah, usted habla de su mujer -se volvió a recargar en la silla y comenzó por su parte a tamborilear en la mesa con los dedos, tan vivamente que hubiera creído que de verdad lo hacía para mayor Gloria de Dios.

-¿Entonces quiere usted divorciarse? -continuó y pasó sin transición de la melodía “Ahí se ve al tesoro de mi corazón con otro” a la marcha “El supremo salvador”.

No lo entiendo: ustedes los hombre primero son tan tontos y se casan, y cuando la mujer les es infiel, entonces se quieren divorciar para casarse con otra. ¿Qué quieren pues?

-Eso aún no lo digo, eso depende. Aunque sería posible. Lili, sabe usted, la mesera de la taberna...

-No haga eso -dijo Tomás y miró a su vecino severamente-. Cambiar de sirviente no conduce a nada, sólo se cambia de vicio -se acarició la barba circunspectamente-. Fíjese, querido, nuestros antepasados eran con respecto a eso muy sensatos. Si la mujer les era infiel, no hacían tanto escándalo con los abogados, sino que cortaban una vara de durazno y por una vez hacían bailar y gritar a su mujer, y luego todo se arreglaba.

-Eso no debe hacerse hoy en día, y además... bueno, la mitad de la vida es cambiar.

-Usted no aprende de la experiencia; la cosa es completamente diferente.

-Permítame, no entiendo nada de las cosas, dice usted. ¿Quién se cree usted que es? ¿Conoce usted a mi esposa? ¿Acaso es usted de alguna manera allegado mío? -Se había medio erguido y jadeaba echándole a Tomás en la cara una carga completa de hedor de cantina.

-Ahora me va a hacer el favor de escucharme. Usted tiene una mujer que le ha sido infiel. Así pues, ¿de quién es la culpa? No de la mujer; una mujer no se vuelve infiel si su marido es eficiente y si la satisface como debe. Pero ¿cómo lo quiere usted hacer, usted que es un borrachón impotente?

El hombre quiso de nuevo saltar, pero Tomás le gritó: -¡Debe escucharme! ¿Ha estado usted alguna vez en la India británica? ¿No? Yo tampoco. Pero no importa. Los indios, sabe, entienden un poco de mujeres, porque en resumidas cuentas valen mucho más que los europeos. Eso lo puedo leer en cualquier diario serio de algún viajero juicioso. Entonces, esta gente, que tiene una cultura más antigua y profunda que la nuestra... Dios mío, usted debe saber, como hombre culto que es, que Cristo sólo enseñó una especie de plagio de la profunda sabiduría india.

2.- La *Gartenlaube* era una revista familiar muy popular en Alemania (N. del T.).

-Deje ya su chismorreo, loco, confuso.

-No se llamaba Confucio, porque los chinos sólo tienen monosílabos en su lengua. ¿Entonces usted cree que yo participo de cada moda? Déjele los chinos a los farsantes de la Universidad. Estamos hablando de los indios y yo sólo puedo repetir lo que la gente que ha estado allá ocho semanas, y que por lo tanto tiene fundamento, ha escrito en gruesos libros sobre la sabiduría vital de los indios. Yo no los he leído, pero hoy en día ya no se necesita leerlos. Cualquier mujer culta le puede dar a usted un discurso sobre el tema. Y ¿qué mujer no es culta?

-No la mía -dijo el hombre y le dirigió una mirada insolente.

-Pero, caray, ¡y usted quiere casarse con esa! Entonces los indios, esos ilustres artistas de la vida, se convencieron de que a los muertos en vez de enterrarlos les gustaba más que los quemaran -Tomás se puso repentinamente pensativo-. Por lo demás, es muy evidente que enterrar es un error. ¿A usted nunca lo han enterrado?

El borracho bostezó y meneó la cabeza.

-Debería probarlo alguna vez. Es verdaderamente agradable presenciar desde la tumba el dolor de los parientes. Piense con qué cuidado trataba Ágata su pañuelo, que le duró hasta el final. Yo me hubiera doblado de risa si hubiera habido lugar en la caja. Así pues, el indio se deja quemar y si se procede con la debida solemnidad entonces todas sus mujeres se lanzan con él a la hoguera y las flamas las consumen. ¿Qué cómo es eso posible? Pues es coherente con la religión india. Estos hombres notables por su sabiduría no han temido, a pesar del aborrecimiento escandaloso que el mundo europeo profesa contra la sensualidad, no se han espantado de dar instrucciones completas sobre las noches de amor entre el hombre y la mujer, en su catecismo, o como llamen ahora a su librito, que los niños tienen que aprender de memoria en las clases de religión. De tal manera que un joven indio está consciente de eso desde su más tierna infancia. Fíjese... -Tomás se detuvo y sacudió a su interlocutor, quien roncaba en un profundo sueño alcohólico-. Yo no estoy contando esto por mi propio gusto.

-Perdóneme -farfulló el interpelado, y se frotó los ojos-, estoy tremendamente cansado -Tomás frotó la interrupción moviendo la mano horizontalmente por el aire-: Cómo se vuelve loca a una mujer y se le satisface. En primer lugar viene la teoría natural, pero sospecho que muy pronto se recurrirá a la praxis; de hecho ya tratamos de imitarla con el nombre de coeducación. Por desgracia, no con los resultados esperados, porque nuestros maestros mismos no se han ocupado lo suficiente de estas preguntas. ¿O sabía usted que la curva emocional de las mujeres sube y baja lentamente, mientras que la de los hombres asciende y desciende bruscamente? -El borracho estaba de nuevo despierto y atendía de cualquier manera a lo que aquel singular señor decía sobre problemas tan difíciles.

-No entendí muy bien -dijo.

-El organismo del hombre coincide con el de la mujer sólo cuando la curva emocional de la mujer ha llegado a lo más alto gracias a las manipulaciones del hombre, antes de que éste proceda propiamente al acto.

-Ay, sea bueno y repítalo, que esta vez tampoco entendí.

En ese momento se abrió la puerta de la antesala, una atractiva dama apareció y, detrás de ella, carialegre, frotándose las manos, venía el Consejero real Wohlich.

-En buena hora -se levantó el borracho y examinó a la mujercita, cuando ella avanzó hacia él y Tomás, bailoteando y saludando ligeramente. Vestía un traje de lino azul claro. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, de corte masculino, y abierta sobre una blanca blusa de muselina. Del brazo le colgaba un canotí florentino abigarrado con lirios. Los ondulantes y ligeros cabellos estaban partidos oblicuamente.

Tomás no se dejó impresionar; siguió su cátedra en voz alta: -El indio, por su religión, está obligado a pensar en su propio placer primero, cuando su mujer, excitada por mil ternuras normales y perversas, flota beatíficamente. Así pues, en la India, no hay matrimonios infelices, y se sobreentiende que la viuda, que perdió con el marido la brasa de la pasión, se tire a las llamas ardientes de la pira. Amar es un arte, que debe enseñarse y aprenderse, y sólo el europeo es tan tonto de creer que se sabe algo de este arte si uno tiene

talento o por lo menos si uno tiene ganas. Ganas las tiene cualquiera. Muchos tienen talento, pero uno tiene que poder hacerlo. En el amor todo depende del poder.

La mujer se había quedado inmóvil y se volvió al Consejero para preguntar a media voz quién era el hombre ése. El Consejero, torciendo los labios en una mueca malvada, miraba desaprobadoramente por encima de los anteojos a Tomás; como respuesta se encogió de hombros, y la mujer con el peinado oblicuo y el sombrero florentino le echó una mirada lánguida al Experto-en-el-amor y murmuró al Consejero al ir saliendo: -Un hombre interesante, lástima que no nos haya usted presentado. Si por lo menos no tuviera aspecto tan desagradable -lo dijo tan alto que retumbó en los oídos de Mundete. El Consejero le besó la mano con una dulce sonrisa. Tomás, por su parte, debió pensar cuanto se parecía el hombre a Lachmann cuando era joven, en aquella ocasión en que a éste le dieron, por la fiebre, después de un amargo polvo de quinina, una cucharada rebosante de azúcar. Un momento después ambos estaban sentados uno frente al otro en la sala de consulta.

El Consejero examinó a Tomás durante un rato. Dado que su examen del aspecto del cliente no parecía decirle nada agradable, miró entonces de reojo el reloj que estaba encima del escritorio y dijo: -Bueno señor... -echó una mirada a la tarjeta de presentación que estaba junto a él-, señor Mundete, estoy a sus órdenes. Quizás pueda presentarme su asunto brevemente, lo más brevemente posible, pues como ha visto, hay gente esperándome.

-Dejen que esperen tranquilamente. Nosotros tenemos tiempo.

El juez quiso protestar, indignado, pero Tomás le puso la mano en el brazo tranquilizándolo con estas palabras: -Una vez, usted... ya hace tiempo de esto... perdió un importante proceso contra la Firma Augusto Müller Portland Cement, ¿no es cierto?

-Es cierto, sí. Perdimos entonces el proceso, y lo perdimos en las tres apelaciones. Pero era un proceso perdido de antemano. La compañía era demasiado rica para poder encontrarle una falla. Acepté el caso sólo porque...

-Sí, era un gran objetivo. Pero objetivamente, mi asunto no tiene nada que ver con eso. Es meramente personal. Yo soy el heredero del que fue propietario de la compañía.

-Tomás Mundete, Tomás Mundete... Pero... ¿no tenía el viejo Müller dos hijos?

-Muy cierto, y yo soy uno de ellos.

El juez saltó de la silla. -Señor -gritó-, si usted viene a contarme algo, entonces usted es o... el joven Augusto Müller murió hace unos días en un accidente de tren. De eso estoy seguro porque me han pedido que vuelva a tomar el caso.

Tomás levantó un grueso portafolios, lleno de billetes de alta denominación. Trataba de sacar un pasaporte sin mostrar claramente su tesoro. Dijo: -Como usted ve, todavía estoy vivo, aquí ante usted. Si usted quiere, en interés de su caso, yo puedo hacer que en la oficina de pasaportes más cercana verifiquen este pasaporte. No tiene sentido revivir el viejo juicio. Preferiría que usted tomara mi asunto.

El Consejero que se había sentado de nuevo, se acomodó los anteojos: -¿Y la tarjeta? ¿Y el nombre Mundete?

Tomás volvió a revolver en el portafolios: -Tengo aquí un documento bancario del Banco Alemán que fue hecho pagadero a mi nombre hoy. Como ve, traigo conmigo el dinero.

-¿Y la tarjeta? -repitió Wohlich cortante.

Tomás se levantó: -Si no acepta mi caso, no voy a molestarlo más. Su tiempo apremia.

-Pero no, por favor, de ninguna manera. Por favor, tome asiento. A ver ¿en qué le puedo servir? Por favor, fúmesse un cigarro -había visto la mirada ansiosa que Tomás había echado a la cigarrera.

-Se trata de una joven que espera un niño. El padre de este niño... bueno, los jóvenes estaban a punto de casarse, pero no se casaron... el padre murió repentinamente. ¿Es judicialmente posible casar a dos gentes si una de ellas está muerta?

El juez se recargó en la silla y sonrió amigablemente: -Por supuesto que no es posible. Usted quiere decir si se puede legitimar al niño a posteriori para que pueda recibir el nombre del padre. Era eso quizás de lo

que hablaba. Por supuesto que...

-Eso no me sirve. No me importa el niño, sino el matrimonio. ¿Me entiende? El matrimonio. La joven debe parir a su hijo como mujer casada. Se debe casar con el padre. ¿Ya entiende? De nada sirve a la madre que se legitime al niño.

-No puedo imaginar que usted haga esta pregunta en serio. Casarse con un muerto...

-Con un vivo cualquiera puede contraer matrimonio, eso ya lo sé. Pero yo quiero saber qué pasa con un muerto.

-Usted no debería haber recurrido a un abogado sino a un falsificador. Éstos hacen ese tipo de cosas y pueden poner una fecha que corrobore el nacimiento legítimo del niño.

-Dios mío, pero ¿qué no me expresé claramente? Le vuelvo a preguntar si es legalmente posible, o gracias a una concesión del Emperador, que se pueda realizar el matrimonio. Todo lo demás no tiene sentido, sólo es peligroso y se sabría inmediatamente. Debe ser una boda en forma, un desposorio declarado en la alcaldía, registrado por lo civil; y si es posible, por la iglesia.

El Consejero miró escrutadoramente a su interlocutor. ¿El tipo estaba loco o se estaba haciendo?

-Lo que usted quiere hacer -dijo el abogado, escogiendo las palabras con cuidado- provocaría un gran escándalo; sobre todo eso de la fecundación de una mujer por un muerto. Una fe un poco demasiado extrema en las inclinaciones ocultistas de nuestro tiempo... -Con el cortapapel que tenía en la mano hizo una incisión cortante en el aire-. La verdadera dificultad está en el embarazo.

-Totalmente cierto.

-Quedar embarazada no es lo mismo que dar a luz. Existe, pues, toda clase de posibilidades.

-Por eso estoy aquí. Como abogado usted se encuentra en la fuente de todo conocimiento. ¿No podría usted darme el nombre de alguien que, digamos, creara esa posibilidad?

-Ése no es mi oficio. Tales cosas se llevan ante el fiscal, cuando la interrupción del embarazo no representa un peligro para la salud.

-¿Y según su experiencia, qué médico sería un peligro para este indeseable embarazo?

Wohlich se quedó por un momento mirando la punta de su nariz.

-Todo esto no carece de interés. Usted no puede creer todo lo que sucede y la forma vergonzosa en que actúan los hombres contra la gente genial. Ahí están los expedientes de un grafólogo cuyos grandes méritos en el terreno del arte de la escritura son reconocidos incondicionalmente por la ciencia. Imagínese, hay quienes se han atrevido a acusar a un hombre como el Dr. Brinkeisen de falsificación de documentos y el fiscal se alegra de tragarse el anzuelo con tamaña calumnia estúpida. Afortunadamente, el insigne doctor ha recurrido a nosotros. Será absuelto con todas las de la ley. En efecto, hay maldad en el mundo. Si usted imaginara todo lo que llevo a saber. En nuestra profesión uno llega a despreciar a la humanidad. Falsificaciones, fraudes, abortos, oh, hay de todo en el día de un abogado. Y además estas exigencias a nuestro conocimiento literario. Antes el profesor Frausold me enviaba un folleto sobre el aborto provocado y sus indicaciones. Todo lo que tenía uno que leer. Y finalmente, uno no terminaba sabiendo nada mejor. Sí, sí, mi querido señor Müller, yo tengo una pesada responsabilidad sobre mis hombros.

-Y con sus grandes relaciones ¿no tiene usted a alguien que se pueda casar con la muchacha, pero ya?

-Por supuesto que no. Yo no soy casamentero. Por supuesto que conozco gente que se casaría con gusto, pero eso no se hace así de rápido. Además, estas cuestan mucho.

-Se trata de la heredera de una gran fortuna -dijo Tomás, que se había levantado.

-Créame, no puedo dedicarme verdaderamente a semejante negocio -dijo el abogado y echó su colilla con asco en el cenicero-. Por supuesto, puedo tratar de averiguar algo. Por lo que se ve, hay prisa. Podría hacer el favor de dejarnos su dirección -acompañó al extravagante huésped al recibidor y escuchó como su visitante decía en voz alta y distinta al escribiente: "Tomás Mundete, hotel Corte del Príncipe". Inclinando gravemente la cabeza y subiéndose los anteojos, el abogado regresó a su oficina.

En el camino de regreso al hotel, Tomás se quedó sentado totalmente absorto. De vez en cuando, chupaba

su cigarrillo, que tenía entre los labios, pero apagado desde hacía rato. Apenas llegó al recibidor del hotel, se volvió a sentar, ahora en el banquillo que estaba junto a la puerta y que estaba destinado al botones. Se había echado hacia atrás el sombrero, y le corría el sudor por la frente: se sostuvo la cabeza con ambas manos, y apoyó los codos en las rodillas.

Uno de los mozos, un muchachito taimado con una nariz respingada y un cabello cuidadosamente cepillado, se acercó a él y le preguntó si deseaba algo. Tomás lo miró apesadumbrado: -¿Te puedes imaginar a un niño con dos padres? -le preguntó, en un tono como si la famosa pregunta se la hiciera al destino.

-El que era mi verdadero padre -dijo el muchacho- ya murió; el otro es mi padrastro -Tomás cabeceó y el muchacho continuó-: A veces no se sabe si el papá es el papá o si es el compañero de cuarto del papá.

-Sí, a veces no se sabe. Cuando el viejo Néstor le preguntó a Telémaco quien era, éste le contestó: “Mi madre dice que soy el hijo de Odiseo”.

En ese momento entró el responsable del hotel, bien alimentado, al que los miles de problemas del hotel no perturbaban. El portero miró con profundo disgusto al huésped que, sentado en el banco de los botones estaba en conversación con un muchacho insignificante. Le preguntó qué se le ofrecía y luego le dijo que si podía hacer el favor de irse a sentar al salón reservado para los huéspedes.

-Y sucede que ni la madre misma sabe quién es el padre del niño. Eso llega a suceder -de repente Tomás, que seguía sentado con la cabeza inclinada, sintió la mirada reprobatoria del portero, se ruborizó, se levantó, se acomodó el sombrero y se lamentó-: Ni siquiera dejan sufrir tranquilamente. Pobres hombres, pobres hombres. Por favor, Pregunte a la señorita del número 248 quien es Hans Treu. Yo soy el tío de la señorita, Tomás Mundete -añadió. Entonces comenzó a caminar de un lado para otro con rapidez, pero se detenía cada vez un momento ante un gran cartel que anunciaba un concierto del cantante Battistini. Cuando el mozo regresó, Tomás corrió hacia él con una expresión ansiosa; pero cuando aquel le comunicó que Hans Treu era un apodo para Carlos Ende³, Tomás torció la boca sonriendo ampliamente, le tiró al joven una moneda y salió apresurado y murmurando: -Battistini, Bautista, debemos encontrar un nombre para la madre y el hijo. O una hija de Herodes degollará al niño -todo esto camino al ascensor.

Albina corrió a recibir a su tío. Apenas si había cambiado desde que en la fuga de Mundete había recibido una bofetada de su madre. Cuando Tomás la atrajo hacia sí, ella lo abrazó estrechamente y lo miró con una sonrisa desconcertada e irónica. Tomás se sentó y la recargó en su regazo.

-Estoy muy contento -dijo-, que Carlos Ende y Hans Treu sean una y la misma persona. Fíjate que ya me había imaginado que como unas veces hablabas de Hans y otras de Carlos ya te habías procurado una especie de harem masculino.

-Ay, tío...

-Aunque no es mala idea, un harem de hombres -se recostó de nuevo en la silla con cara de satisfacción-. Me puedo muy bien imaginar que un harem de setenta y dos doncellas, como el que tenía el rey David o el de Salomón, con sus quinientas maravillas, no convengan a la economía de los hogares modernos. Se afirma sobre todo lo que tú quizás no sepas, que solamente la dificultad de subsistencia ha eliminado la costumbre del harem. Si uno pusiera ahora a la mujer en el lugar al que ella aspira, y que yo le concedo con gusto, si está representada por un amoroso ejemplar, como tú eres, no quedaría mucho por decir desde un punto de vista meramente económico en el caso de que ella tuviera una docena de hombres. Quizás sería también lo fisiológicamente correcto. Boccaccio, quien conocía bastante bien la fisiología de las mujeres, dijo una vez: -Un gallo puede satisfacer a seis gallinas, pero seis hombres no pueden satisfacer a una mujer.

Albina se acercó a su oreja: -Te portas muy mal, Tomás Mundete. De ningún modo como conviene a un tío. Además, me han dicho que para una mujer es más fácil de lograr la fidelidad de seis que de un solo hombre. Es muy tonto tu Bocca o como se llame el tipo.

Tomás soltó una carcajada que hizo temblar las paredes: -Eso es la inmortalidad. Para eso, creador de

3.- En la primera parte de la obra este personaje llevaba el nombre de Pablo Ende. El cambio quizá se deba a la importancia del nombre Carlos en este capítulo. (N. del T.).

cuentos, vives en la memoria de la literatura; para que la boca de una hermosa mujer te ponga junto a los pinos de los bolos. De nada sirve ser un grande, pues la mujer abre la boca y nuestra fuerza se derrumba, para que ella pueda volverse madre.

Albina estalló de pronto en lágrimas. Tenía las manos en su cara y lloraba tan desconsoladamente que rompía el corazón. ¡El pobre Tomás! Nunca había estado tan consternado: trataba, en vano, de apartar del rostro las manos de su sobrina.

-Ya no llores, mi niña, por favor, ya no llores, no puedo soportarlo. Además no tiene sentido y le puede hacer daño al chiquito. Y ya es un ser tan lindo. Mira, cuánto me alegro de cuando el niño ande a gatas por primera vez y su linda vocecita diga “Este Tomás dejá a tu Tomás montalte”. Dios mío, qué chistoso se verá el mocoso; del padre los ojos celestiales y la boca divina; de la madre todo lo bello y lo más bello; y de su tío la nariz, claro, la nariz junto con el grano.

Albina dejó caer las manos y miró al tío duramente: -No te atrevas a heredarle tu horrible nariz -y luego, llorando, se quejó: -Pobre de mí, la pequeña Albina, por qué tuvo que pasar también eso. Yo me había imaginado tan bien sentada en la silla de la iglesia convertida en la esposa del pastor y oyendo la voz de Carlos mientras él dice majestuosamente palabras sabias que nadie se atreve a entender. Y me deja aquí sola sentada y concibiendo a un hijo, que sobre todo no tiene padre o lo tiene en el cielo. Ojalá fuera yo la muerta y que él estuviera sentado aquí y asustado por los terribles nueve meses y el alumbramiento y las malas lenguas.

Tomás sentó violentamente a su sobrina en el piso: -Para un pastor con barriga no hay lugar en mi regazo -dijo él enojado.

Albina se volvió a montar en sus rodillas. -No, tío, tú no debes rechazarme. No tengo a nadie más que a ti. Mamá me asustaba, ella es tan decente y no comprende cómo se maneja a un niño, y Carlos me dejó completamente abandonada.

-Yo nunca confié en él -dijo Tomás y empujó al muerto con un movimiento violento de la mano-. Cómo se puede ser tan tonto de montarse en un tren que se va a descarrilar.

-Tú mismo estabas ahí.

-Estaba pero no me quedé. No hay que ser tan tonto. O más bien, porque no tiene nada que ver con la inteligencia, hay que tener armonía espiritual para prevenir cosas así. Los que tienen armonía espiritual nunca son víctimas de accidentes. Que se mate el que quiera matarse; uno no sufre accidentes, uno hace el accidente, es decir, uno usa la desgracia para alcanzar un fin. Este joven pastor buscó el tren para no tener que ser el padre de un niño bastardo. Tuvo miedo de su propio valor, valor que en realidad le quedaba muy grande. Pero me quito el sombrero de que te haya hecho un hijo sin permiso del superintendente.

-Pero si por eso creció en él el valor, tío...

-Yo espero que tú, muchachita, no lo hayas tentado. Por lo demás, eso no tiene interés. Está muerto, y por lo tanto no puede legitimar al niño; por lo tanto, ha huido de su responsabilidad, Y además, en forma vergonzosa se ha dejado carbonizar totalmente, de tal manera que tú ni siquiera puedes obtener tu derecho en el más allá, el muy cobarde mosca muerta. A lo mejor te atribuyen al tipo que enterraron en mi lugar. Porque si mi querida hermana se deja engañar, no les será fácil a los empleados del registro civil en el cielo distinguir al pastor del trapero. Debes estar preparada para cualquier cosa.

Albina no había prestado mucha atención: -Ah, Carlos, no me interesa. No era muy divertido. Pero el niño, quisiera librarme del niño. ¿Tú crees que se muera si estoy bien triste y llorando?

-Es una manera totalmente improbable, pero...

-Entonces ya no voy a llorar -dijo Albina e inmediatamente comenzaron a rodarle de nuevo lágrimas irresistibles-. No tiene ningún sentido.

-Pero -continuó vehementemente el tío -el abogado me dio una dirección. ¿Dónde la tengo? -Se buscaba en todos los bolsillos como si un inspector le hubiera exigido el boleto del tren-. La dirección de un doctor que se encargaría con gusto de hacer desaparecer al niño si nosotros convenientemente se lo...

No pudo continuar. Albina había brincado y miraba a su tío con ojos horrorizados: -¿A nuestro pobre

niño? No, no hablas en serio, ¿verdad? Prefiero morirme, y seguro que voy a morir al dar a luz. Pero no lo mataré. ¡Si alguien me libraba de esta carga! -Miraba a su tío con desesperación.

-Pareces un niño de teta al que se le escapó el pecho de la boca -afirmó Tomás tranquila y objetivamente.

-Y ni siquiera papá tiene el pobre niño. Todos sus amigos en la escuela se burlarán de él, y de mí primero. Y mamá me echará de la casa.

Tomás estaba de pie y contemplaba meditativamente el radiador en la esquina del cuarto: -El tipo no pudo escoger un momento más inoportuno para morirse. No se podía confiar en él; las jovencitas deberían juntarse con hombres maduros -dio vuelta a la manija de la calefacción central hacia lo caliente, tocó interesado el tubo y dijo con un suspiro-: Ciertamente, ni siquiera en la canícula del amor se ponen calientes estos malditos tubos. Sin embargo, niña, te tienes que casar. ¿Qué tal con Lachmann?

Albina dejó de pronto de llorar y soltó una alegre carcajada:

-¿El viejo ése que siempre huele a bodega de vino? Antes me casaría contigo.

Tomás levantó los ojos cafés a las alturas: -Tú me atribuyes, Albina, algo que no corresponde en nada a la misión para la que me ha enviado Dios al mundo. ¡Qué osadía!

Albina se inclinó ante él: -Yo le prometo al sublime prometido obediencia, humildad y todos los días un par de chinches frescas.

-Es inaudito -exclamó Tomás enojado y levantó la mano para darle un puñetazo al calentador, pero se detuvo porque sintió una fuerte comezón en la pierna-: Contagio de palabras -afirmó satisfecho-, tengo que tenerlo presente -borroneo algo en una hoja de papel, se volvió a rascar y se dirigió directamente hacia Albina-: ¿Cómo se te ocurrió lo de casarte conmigo? Además, estoy que doy lástima.

-Tú no siempre has pensado así, tío.

-Ah eso, pero entonces tú eras una niña y nunca fue cuestión de matrimonio.

-Pero eso de casarme contigo es idea tuya, y en el fondo tienes razón. Bueno, ahora tú podrás llevar a la práctica tu consejo.

-Entonces debemos recurrir a un anuncio o a la oficina de matrimonios. El abogado me dio una dirección...

Albina tenía de nuevo los ojos llenos de lágrimas. Y gota a gota corrían lentamente por sus mejillas. Tomás la miraba receloso, se dio la vuelta y tocó de nuevo el calentador: -Para el invierno ya estará caliente -se paró trastabillando, se dirigió hacia Albina, la abrazó y dijo resignadamente-: Entonces lo haré -tocó el timbre y, como el mozo no aparecía, siguió tocando durante un minuto. Finalmente, apareció, sin aliento, un jovencito, masticando y tragando violentamente-: Diga en la recepción que nos consigan dos boletos para Londres, para mí y para mi sobrina. Nos vamos a casar. -El mozo pasó su último bocado y preguntó sorprendido-: ¿En Londres?

-Sí, por supuesto. En Londres. Aquí en Alemania estoy oficialmente muerto, y los muertos no se pueden desposar, como dijo el abogado Wohlich. Por supuesto, en Londres -se volvió hacia su sobrina-: ¿Quieres hacer el favor de empacar? El tren sale en dos horas.

SIN NOTICIAS TODAVIA -dijo Ágata. Echó una mirada irritada al doctor Lachmann, quien comía con alegría y gusto su habitual desayuno; lo miró como si él hubiera seducido a Albina, se la hubiera llevado y en seis semanas no hubiera dejado saber nada de ella. En ese momento tiró las cartas y los impresos que acababa de revisar, los tiró tan violentamente que una fajilla se enderezó en la taza de té del doctor Lachmann y la volcó. Lachmann estaba fatalmente ocupado en llevarse a la boca una soberbia cucharada de yema de huevo blanduzca, cuando los papeles zumbaron sobre su cabeza. Se encogió de hombros y mirando tristemente la yema derramada, dijo:

-Menos mal que ya dejé de practicar. Ya no tengo mano firme. Afortunadamente, fuiste tú quien manchó el mantel tan limpiecito.

-entonces fui yo. Claro. ¿Y la taza que se te cayó? ¿Y es una disculpa que en la mañana te hayas embadurnado los pantalones? Pon tu servilleta debajo del mantel y ven a que te limpie los pantalones. No hay mancha que resista el agua caliente y un poco de saliva.

Ágata frotaba los pantalones de Lachmann con la servilleta húmeda, sin darse cuenta siquiera de la maliciosa sonrisa con que Lachmann observaba sus movimientos; sólo cuando escuchó que él silbaba la melodía de la trompeta del Haber-sido-hermosa y el No-debe-ser, levantó la mirada y lo miró reprobadoramente.

-Tengo miedo -dijo ella.

-Debiste ir a la policía...

-¿Y que se supiera entonces que Augusto sigue vivo y que enterré al que no era? Nunca. Está muerto y muerto se debe quedar. *Basta*⁴.

En ese momento tocaron a la puerta y el cartero apareció con una carta bien gruesa en la mano. Se pasaba la carta por la nariz, con lo cual no quedaba claro si quería quitarse el sudor u ocultar una sonrisa. Luego refunfuñó con su voz constantemente ronca, que él atribuía a los resfriados del trabajo, en lugar de a su muy conocida costumbre de emborracharse. -Pensé que sería más agradable si usted no recibía la carta de la señorita -pues ésta es su letra- junto con las otras cosas.

-Sí, es mucho más bonito así -las manos de Ágata temblaban cuando agarró la carta-. ¡Quizás es cierto aquello de la infección interna! Mira nada más cómo las insatisfechas manos de Liedtke ponen a bailar mis dedos. Váyase con Rottraut, Liedtke, y dígame que le dé un refrigerio.

Al cartero le saltaron los ojos; estaba excitado: -Usted sabe que jamás bebo licor.

-Usted conoce la botella verde, Liedtke. En honor de la señorita hará usted una excepción.

Liedtke se quedó repentinamente tieso y una brillante sonrisa le descompuso la boca de tal manera que Lachmann cayó en la tentación de hundir la blanduzca bolsa de té en esa ranura para que su boca pareciera un atractivo buzón.

-Lo que no haría un viejo soldado por las damas, y en especial por la señorita Albina -en una actitud completamente militar se dio Liedtke la vuelta y dejó el salón.

-Dios mío, son estampillas extranjeras -suspiró Ágata-. ¿Qué hace Albina en el extranjero? -Dejó caer la mano sin abrir la carta.

-Lo mejor será que abramos la carta -Lachmann extendió la mano, pero Ágata le dio un golpe, enojada, como una loba a la que quisieran arrebatarle su lobezno.

-Abriré la carta de mi propia hija cuando yo lo tenga a bien. ¿Fuiste tú o yo quien dio a luz bajo mil dolores? Por lo demás, haré que, cuando regrese, tome clases de caligrafía. Parece como si le hubiera arrancado los cabellos a una negra y los hubiera pegado uno a uno en el sobre.

Lachmann se había levantado y la veía por encima del hombro: -Brujas... Brujas... eso debe estar en Bélgica. ¿Qué diablos hace allá? Algo inmoral debe haber en todo esto, porque seguramente ya tuvo la oportunidad de conocer los placeres del amor...

-Qué vergüenza, Lachmann, hablar de una muchachita inocente de esa manera -De pronto, Ágata se puso roja de furia y desgarró el sobre. Pero apenas había leído las primeras palabras de la carta, la tiró y dejó caer la cabeza sobre sus manos:- Esto es horroroso -dijo sollozando-. Ya nadie la va a aceptar. Y casada. Lachmann me voy a volver loca.

-No me asombraría. Debe ser hereditario en ustedes; de otra manera, Augusto podría...

-Cállate. Él está más cuerdo que tú. Mejor termina tú de leer la carta; a mí las letras me bailan en los ojos...

Lachmann juntó las manos.

-¿Ahora? -preguntó Ágata.

-“He implorado al Señor para que me ilumine, y mira, ha oído mi súplica. Querida mamá, ya sé leer”. Cuando Lachmann vio cómo Ágata se lamía los labios, adivinó que se disponía a dar un largo sermón, inmediatamente comenzó a leer con la velocidad de una cascada.

4.- En español en el original.

“¿Tú gozaste tanto como yo en tu luna de miel? Mi marido asegura que nunca ha estado tan contento como en las últimas semanas; no te puedes imaginar lo orgullosa que estoy. Pero él es el mejor hombre del mundo. ¿Sabes que me ha comprado lencería? Leíste bien: Lencería. En toda mi vida nunca hubiera pensado que existía algo así. Sobre todo si pienso en los calzones que tú me has dejado usar.”

Ágata interrumpió a Lachmann: -Eso no es cierto. Ella siempre usa decentes cal... ropa interior, quise decir, respetable y decente, y también tenía encajes, aunque no eran auténticos.

-Los calzones deben ser indecentes -afirmó Lachmann-. Ésa es la vocación de ustedes, como Dios se la confirió. Yo por mi parte creo que la madre, por pura envidia, mete las piernas de las muchachitas apetitosas en tubos almidonados, mientras ella mete sus toscos muslos en fundas de batista.

-¡Qué cinismo! Es la primera vez en mi vida que oigo cosa semejante. Yo soy madre y traigo comunes...
-Toscos.

-De lino, por favor. Calzones de lino. No puedo negar que los míos también tienen un poco de encaje, aunque esto vaya en contra de la pureza. Y tú puedes comprobarlo.

-No hace falta. Me puedo imaginar perfectamente tus calzones. Por lo que se ve son esos que se parecen a los que tú aquella vez...

-Ya deja esa tonta historia de cuando me caí de la silla. No es cierto que hayas visto nada entonces.

-Entonces no.

-No querrás decir ahora que yo te di la oportunidad...

-Si tú no me la diste, eso yo no lo puedo decir; pero entonces yo me la di -Ágata se había puesto morada.

-Niego rotundamente que alguna vez algún hombre, por supuesto con excepción de mi santo marido... no me mires en forma tan infame.

-Acabo de prender mi cigarrillo. Que tú con ello entraras en mi perspectiva, no era el propósito. Pero si te interesa te voy a dar una descripción de tu lencería de antaño...

Ágata rompió a llorar. Pero Lachmann permaneció inmovible. -Pero estaban muy limpios entonces colgando en el prado. Pienso en ellos con gusto y sólo lamento que tú no compartas conmigo mis emociones ante esos recuerdos.

-Hace tanto tiempo de eso que ya no es verdad. Y sobre todo -y pasó al ataque- tú debes haber tenido una vida verdaderamente sucia, pues estás tan bien informado de la ropa íntima de la mujer.

-Permíteme, pero mi profesión hace que uno se acostumbre a ver ropa interior, y lo peor es que las mujeres se quiten el querido corsé si quieren que las revisen. Te puedo asegurar que nunca he visto la ropa interior fuera de mi profesión; con excepción, por supuesto, de la ocasión de la que estamos hablando.

-¿No quieres mejor seguir leyendo? Estoy ansiosa por escuchar lo que mi hijita...

-Por favor, ya es una señora...

-Para mí sí que siendo mi niña, aunque haya tenido cien maridos.

Contra esta interrupción legítimamente maternal, Lachmann no quería oponerse; tomó entonces la carta y continuó leyendo:

“Cuando mi marido vio las cosas por primera vez se torció de la risa y se las puso en su noble cabeza, de adorno. Sólo con trabajos pude impedir que se fuera con esta rara corona a la mesa del restorán. En fin, no me ha dejado ponérmelas otra vez, y así anduve sin calzones al cruzar el canal y toda la primera mañana en Londres. Pero todo esto ha tenido sus ventajas. Mi marido descubrió que yo tenía piernas más bien bonitas. Dijo: ‘Las hembras (siempre dice las hembras) normalmente tienen piernas cortas y torcidas’...”

-Y con un libertino como ése se fue a casar mi pobre e inocente hija. Debe tener mucha experiencia, ya que sabe todas esas cosas.

-Por supuesto, pero no hace que una muchacha sana y sensata se sienta incómoda. El juego no es ése... tú sabes que Augusto decía que la mujer carecía por naturaleza de vergüenza, que la vergüenza propia la aprende del hombre. Si él es pusilánime, ella considera conveniente avergonzarse. Además no hay nada más hermoso para una señorita que la idea de que ella está en situación, por sus propios méritos, de hacer que un

ejército completo olvide a todas sus predecesoras. Bueno, la carta sigue:

“Las hembras tienen piernas cortas y torcidas, con las que pueden abrazar mejor y así el camino no es tan largo; pero él prefiere los caminos largos y creo que tiene razón. Por eso en Londres me compré los mismos calzoncillos de su gusto; y me los probé a conciencia. Ay, mamá, yo no había conocido a un hombre sin nada nada... no sé cómo le siga yendo a Gretchen. Yo sólo sé que mi marido es el hombre que me conviene. Si tú supieras todo lo que he aprendido en estas dos semanas. En el camino de ida, estuvo un tanto agitado el tiempo y el barco se bamboleaba de un lado para otro como un ganso borracho (la comparación es suya); estuve a punto de marearme. Entonces él me dio una verdadera lección sobre el mareo; que sólo los malvados se marean, aquellos que se sienten abrumados por alguna injusticia contra su madre; porque le mar es la madre de todos (a mí se me ocurrió en seguida la palabra francesa para pequeña cucaracha), del mar proviene toda la vida, Afrodita y todos los hijos del amor, y el mismo niño nada en el mar y la madre lo mece como a nosotros en el barco. Por supuesto, no entendí esto al principio, esto de la nadada del niño en el mar y cómo la madre e al mismo tiempo el barco y el mar. Pero entonces Él me explicó e incluso me lo dibujó... lo cómico que era, porque Él no sabe dibujar... y cuando entendí que Su hijito dentro de mi vientre vive en el agua, ya no tenía ni rastro de mareo. Bueno, pero también llegamos rápidamente a tierra firme. De regreso tampoco me mareé; ciertamente, no hubo ninguna tormenta y el viaje duró sólo dos horas. Pero creo que él tiene razón de que uno debe ser bueno con su madre. En todo caso, antes de que él me sermoneara de esa manera, yo ya te tenía un miedo terrible... porque he sido realmente mala, ¿no? Pero ahora ya estoy casada y nuestro niño será bueno. Con él haré bien lo que hice mal contigo. Por lo demás, no me será de ninguna manera difícil; no como dar a luz, en todo caso. Él es por ahora el alfa y el omega de mi vida. Y entonces también tengo miedo de dar a luz. Me imagino que me voy a morir. Él asegura que yo maté alguna vez a alguien, que te pegué o que le pegué a él mismo. Pero realmente me da mucho trabajo creer todo eso; no creo que logre convencerme. Amo a ustedes dos tanto, a ÉL sobre todo... Hasta ahora él ha tenido siempre razón, cuando ha dicho algo, pero en el asunto de la muerte se equivoca, se equivoca totalmente. Es un terrible pedante”

Lachmann dejó caer la carta y miró interrogante a su antiguo amor; y al mirarla enarcó las cejas de tal manera que parecían arcos romanos de la entrada de una bodega.

-¿No debería Augusto...?

Ágata lo interrumpió bruscamente: -Inconcebible. Atroz. ¡Tío y sobrina! Mejor sigue leyendo.

“Algo se desgarrará, eso es seguro. Para eso él también tiene una explicación: son residuos de la idea infantil de la maternidad, pues los niños tienen la idea de que en el parto el vientre estalla, en la *línea alba*. Pero eso es tonto, yo no le he creído nunca. Me imagino que el ombligo es un botón, que se puede desabrochar y entonces el niño puede salir deslizándose o lo pueden sacar. Por supuesto, no puedo ignorar que el niño sale por donde fue colocado. De verdad, no sé cómo es posible... dado que es tan estrecho. Me da un miedo terrible. Tú sabes que yo no soporto el dolor. Él dice que eso de las mujeres con el dolor es pura habladería para hacer resaltar su importancia. Las gallinas también cacarean, dice esta abominación de hombre, y eso no impide que les guste acurrucarse junto al gallo e incluso no les impide poner huevos sin el gallo. Todo el teje y maneje es a cuenta del hombre; una manera para mejor dominarlo. Cosas abominables por el estilo dice él; y aun peores, que yo apenas puedo repetir. Tú qué crees, me dice, qué sería más bonito, si aparece un cerillo o un buen hombrecito sanote y grandote. No me dio tiempo siquiera de molestarme; me ruboricé demasiado tarde. Bueno, y después me explicó detalladamente que la cabeza del niño no es muy gruesa y que a consecuencia de ella el parto era un placer aún más grande. Uno no debería preocuparse. Y todavía dijo más tonterías. Sólo se necesita pujar, pujar y pujar cada vez más duro... ¡Perdón! Acaba de llegar y quiere ir conmigo a Ostende, a la sala de juego. Eso hacemos a veces, es muy agradable. Juega con método, como viejo maestro que es, y siempre pierde; y yo juego como me sale, y también pierdo. Me he encariñado con un señor oscuro; creo que es mexicano o al menos español. No nos hemos hablado, pero nos hemos lanzado miradas. ÉL tiene una palabra espantosa para eso; es muy brutal porque está celoso. Bueno, adiós, querida mamá. ÉL me está regañando porque no estoy lista”.

-¡Qué clase de animal, señor mío! -suspiró Ágata-. ¿Qué será de ella? Él parece un verdadero palurdo con su eterna mierda.

-¡Ágata!

-No se le puede llamar de otro modo. Por lo demás, Lutero era inteligente en cosas del lenguaje y él usaba la palabra. Ciertamente no estoy segura, pero me parece, como si Augusto me la hubiera dicho alguna vez; y cuando él dice algo, es cierto -calló, miró de reojo a Lachmann como si no pudiera confiar en él y entonces agregó-: No era tan mala la cosa cuando él era ÉL. Sigue.

“Aquí estoy otra vez. Y me gané una pila de oro. Acomodé en pilitas todas las relucientes monedas de veinte francos y de cuando en cuando las empujaba, y entonces ÉL tenía que atrapar las monedas que rodaban, porque se iban muy lejos. Porque si él no las atrapaba a tiempo, tenía que darme una moneda de oro de las suyas. ÉL también ganó; pero me parece superficial, pues él ya tiene suficiente dinero. Yo se lo sonsaqué con astucia y ÉL se moría de la risa... Además, es chistoso verlo bailotear y arrastrarse alrededor de ellas. Ah, qué hermoso es estar casada. Es sencillamente divino. Voy a depositar el dinero en la caja de ahorros para el futuro Tomás...”

Lachmann miró significativamente a su compañera: “...quien hará también pilas de monedas y el padre tendrá que andar buscando debajo de los armarios. Bueno, pues ganamos y así fue todo. Él decía que debíamos apostar al trece, porque es el día de nuestra boda... de la nuestra, y no l que está en el acta. Él no quería esperar. Resultaría un mal matrimonio, decía él, si uno permitía que extraños dieran la autorización; es decir, como él me explicó más tarde, nos casamos, como te digo, por amor; o según ÉL, porque ninguno de los dos quiso subirse a la litera de arriba. Este monstruo... para ÉL no hay nada sagrado. Bueno, pues apostamos al número trece y, por derroche, todavía al uno y al tres. Y todos los números salieron sin dificultad. Apenas ayer me dio en la cama una larga lección sobre los números, pero no aprendí mucho, sólo lo que es el siete, el malvado y bendito siete, lección que nunca olvidaré. Él me lo metió como sólo él puede hacerlo. Del trece se me quedó que uno lo considera como número de mala suerte porque en la última cena, Cristo se sentó a la mesa con los doce apóstoles, lo que hace trece. Pero él dice que el hombre es muy desagradecido al considerar el trece como un número no-santo, pues si Cristo no hubiera sido el decimotercero en sentarse a la mesa, el mundo no se hubiera salvado y en eso él tiene toda la razón. Cada hombre, dice ÉL, es Cristo; cada hombre se salva a sí mismo y al mundo al morir en la cruz (nota bene, no entendí muy bien lo que quiso decir con eso, aunque debe ser cierto pues tenía un aspecto serio y bondadoso al decirlo); pero también cada hombre es Judas y se traiciona a sí mismo; traiciona a Cristo diariamente. Uno debe suponer que Judas es el decimotercero destinado a morir y entonces no hay verdaderamente ninguna razón para considerar al trece como un número de mal augurio. ÉL todavía dijo algo sobre el número trece que superó mi entendimiento, pero me sonó como la palabra divina. Aunque pudo ser también la gran idiotez, porque a veces mi marido dice las más grandes idioteces, que yo misma llego a considerar tonterías, y él las dice con tal seguridad que yo de vez en cuando me enojo con él. He tratado de guardar el texto en la memoria, quizá tu entiendas lo que quiso decir el tío”.

Ágata se levantó de pronto de su asiento: -¿Qué dice?

“Tío es el mote que le he dado -prosiguió Lachmann sin perturbarse-. Esto es, ÉL es mucho más viejo que yo. Él me llama madrecita. ¿No es hermoso? Y eso que el niño no es de ÉL. Pero él ríe y dice: “Podría ser cien veces mi hijo”. Pero esto es una intolerable fanfarronada.

“Bueno, sus palabras fueron las siguientes o así habló ÉL, para decirlo solemnemente: 13 es el 1 al que le sigue el 3. 1 es el Padre, 3 es el Hijo. Entre ambos está un vacío, un hueco, el Pneuma: estoy completamente segura de que mi tío Pneuma, aunque no sé lo que quería decir. Él aseguraba que era el nombre de una paloma; pero no le creo, seguramente estaba bromeando. 1, el Padre, se oculta en el Pneuma y reaparece como Hijo, como 3. El Pneuma es el placer entre dos, porque el 2 está entre el 1 y el 3. Así pues, el principio y el fin del mundo, la muerte y la vida están comprendidos en el 13. El trece es el himno al hombre, pues 1 y 3 son absolutamente masculinos. 2 es la mujer, puro Espíritu. Ella mató al uno y parió al tres. Ella es por supuesto como el aire gracias al cual todos vivimos; ella es el Himno de amor, el Pneuma; y no necesita que la nombren. La mujer es la madre. El Padre muere en el Hijo, y el Hijo en la cruz; pero las madre son eternas. Eso fue lo que dijo, más o menos. Después alegó algo sobre la segunda parte del Fausto; pero entonces dejé de prestar atención. Cuando se pone estético, siempre divaga. Espero que tú hayas entendido. A mí no me dio tiempo de pensar; se puso como loco y decía sin parar, incesantemente: ‘Ahora debes matar al uno, mátalos ahora’.

“Como dije, a veces me pone verdaderamente frenética; aunque él sigue siendo ÉL, un rey en calzoncillos. Es fuerte como un Dios, me gusta. Fíjate nada más, ya no tiene la nariz roja, al menos la tiene más o menos rosada y el atroz grano desapareció. Él asegura que lo había adquirido para serme fiel y que con él había rechazado cualquier tentación en forma de Eva. Habla de todo eso como si uno pudiera ponerse un grano y luego hacerlo desaparecer. Y cuando yo le pregunté directamente si de verdad se podía hacer, me dijo que se podía hablar sin duda de una intención, y que si alguien tenía un grano en la nariz, entonces era que tenía intenciones inconscientes. Y ahí desbarró algo sobre Freud y la Represión. No entendí nada. Pero he llegado a saber cómo se llama su anterior enamorada: Ana Lisis. Debe ser una profesionista o al menos alguien terriblemente preparada o por lo menos parece haberle enseñado mucha Mitología y Etimología y como se pueda llamar la Lóquica (expresión suya para la Lógica, loca yo). Pero según parece ella lo engatusó con pura palabrería; porque si pongo cara de piadosa y de vez en cuando hago cara de anonadada ante su sabiduría, él siempre se lleva el chasco y piensa que lo que dijo yo ya lo había pensado. Así habría hecho también la Ana Lisis, maldita bestia. Según parece él quiere decir con Represión que esta doncella primero me expulsó a mí de su corazón; ya tú sabes esa tonta historia por la que tú estabas en un tiempo tan enojada con él, y sin razón, porque yo fui quien lo atrapó, no él a mí... entonces ella me expulsó primero a mí y ahora yo a ella. Pero esto es sólo una conjetura. Él prefiere no hablar de esa historia. Cuando yo recientemente le di palmaditas en su cicatriz y le dije: ‘maquíllate’, él se puso bizco y se ruborizó como un jovencito y entonces me dijo que yo metía mis narices donde no debía y que tenía que castigarme. Y no te cuento cómo fue el castigo. Hoy me llevó al museo de Brujas y me enseñó los encajes de Carlos V. Ay, si él no fuera tan atrozmente dominador, como maestro de escuela que es... inmediatamente me preguntó si yo sabía algo de Carlos V. Gracias a Dios me vino a la mente la historia del sol, que en su reino no se ponía, ésa y la de que siempre abría los relojes y la frase: “Ño la cabeza, Señoría”, frase que se me quedó grabada porque siempre me pareció muy cómico que un gran emperador como él dijera ño en vez de no como si fuera un niño chiquito. Después de todo, debía estar muy joven, quizá no había aprendido a hablar bien; aunque es posible pensar también que ya podía ponerse solo los calzoncillos. Pues esto asombró poderosamente a mi gordo (otro apodo) y se soltó a hablar, y tanto que me puso mareada. En los nombres estaba que él se volviera un gran emperador. Los nombres tenían un poder increíble -por poco y me hubiera contagiado con la infección interna-: Carlos, Cuate⁵⁵, ése era el hombre, a quien llamaban Carlos, que era sencillamente un cuate de a de veras. No contratava a nadie como sirviente si no se llamaba Carlos, o ponía como condición que por lo menos se dejara llamar así. Muchas veces incluso un sirviente torpe se volvía por eso mismo un cuate de a de veras.

“Si ÉL fuera emperador, le daría al Ministro de Relaciones Exteriores el título de Carlos del Imperio, porque... y entonces comenzó un largo discurso ofensivo sobre política durante el cual me dediqué a ver por la ventana el mercado que estaba abajo. Era maravilloso: toda la gente en medio de las flores que cubrían toda la plaza señorial; no se podía sino pensar qué hermosos eran los viejos edificios. Él seguía contando algo sobre la entrada de Carlos V a Brujas, ¿no era Gante?, no, no, ya sé, era Amberes, donde las más hermosas mujeres de la ciudad lo habían recibido totalmente desnudas. ¡Qué cómico! En general yo prefiero a la gente vestida, aunque sea con algo; es más atractiva. Pero, claro, ya sé que la gente desnuda es más limpia. En Gante, creo, hizo que colgaran a muchos hombres y en Brujas precisamente están sus guantes y sus encajes... Entonces el tío comenzó otra vez a fantasear, pero esta vez escuché con interés. Aseguraba que eran descubrimientos de Ana Lisis, lo que yo no creo; pero eso me demostró que él se puede enamorar de cualquiera que logre poner cara de éxtasis cuando él desembucha su basura. En ese sentido él no tiene ningún problema, la cosa es así para él. ÉL dice que todos los hombres son así. No tiene la menor duda de ello, ya lo comprobé. ¿Las mujeres deben ser frívolas? ¿Cómo se debe llamar a este afán de los hombres por la zalamería? Ahora comenzó de nuevo con su Filosofía. Carlos Quinto, y eso me lo señaló con los dedos de la siguiente manera: éste es el pulgar que acaricia la ciruela... etcétera... Carlos, el quinto, es, dice él, el meñique, un dedo muy necesario, aunque no iguale a Carlos, el primero, que fue Carlos el Grande. Cuando yo le salí con Carlos el Calvo y Carlos el Gordo, él se puso furioso: eso de que la vida es muy atractiva y de

5.- Juego de palabras entre Karl y Kerl, “Carlos” y “cuate” o “gañán”, respectivamente. (N. del T.).

que los dictados de Dios son tan maravillosos, no debe ser cierto.

“Después se puso meditabundo y por una vez brilló todo su rostro. ¿Qué si yo le he oído hablar de Carlos IV? Es aquel de la Bula de oro, dije yo, y después de un rato puse una cara perpleja y meditabunda; ya comprobé que una debe aparentar ante los hombres que es más tonta de lo que se es en realidad; y sólo si ellos le explican a una algo, una debe ponerse inteligente. ‘Ves tú’, gritó él, solemne por su triunfo, ‘el cuarto dedo, ése es el dedo de oro, y por eso el cuarto Carlos tuvo que escribir la Bula de oro. Ahora está claro todo. Carlos el grande es el pulgar, el dedo principal, aquel en el cual están contenidas todas las posibilidades, los demás dedos está ahí implicados, de la misma manera que en Carlos el Grande están representados todos los emperadores venideros’. ¿Cómo mi esposo dio con lo que sigue? No lo sé. Es bastante íntimo, y no tienes que seguir leyendo si a ti lo íntimo te disgusta. Carlos el Grande es uno que puede, pero que no debe. Carlos el Calvo, a ÉL se le contrae, ya sabes a lo que me refiero, es, excepto la palma de la mano y las plantas del pie, la única parte calva del hombre; pero no basta la simple desnudez de su punta; primero tiene que ponerse gordo; después ya puede, así como la Bula de oro pone manos a la obra, casarse; y entonces, finalmente, se convierte en el quinto Carlitos, el cual no obstante tiene algo de la naturaleza del pulgar y puede transformarse si es necesario en un gran Carlos. Pocas veces he visto tan amoroso a mi gordo como en estos momentos. Ay, mamá, qué hermoso es estar casada, al menos si tienes un hombre como ÉL. Es también muy generoso con la comida y la bebida y yo me pongo cada vez más gorda”.

Lachmann dejó caer la carta y se recargó en la silla: -Creo que debemos hacer una pausa.

-¿Por qué? -preguntó Ágata ansiosa. Lachmann la miró incisivamente, se alcanzó un cigarro lenta y tranquilamente, sin quitarle los ojos de encima. Prendió su cigarro, lo chupó y dijo: Para que puedas entender algo. ¡Esto es verdaderamente demasiado!... y tú con tu alma tan tierna...

-Lachmann, no entiendes nada. Tú ni siquiera has tenido un niño en tu regazo.

-¿Estás tan segura?

-Sí, estoy totalmente segura. Eso es algo que es privilegio nuestro, no es propio del Creador.

-Alexander Humboldt cuenta que en las cordilleras desiertas, vio a un hombre y habló con él, el hombre tenía en su pecho, totalmente desarrollado, a un niño de teta que bebía leche paterna, verdadera leche humana. La madre del niño había muerto de parto; entonces el padre había tratado de ser su nodriza, ya que en todos los alrededores no se podía conseguir leche, y a él le salió. Augusto no es nada tonto en su idea sobre la génesis del grano. Me avergüenza que un profano -y qué profano- haga descubrimiento tras descubrimiento, mientras nosotros los profesionales cocinamos una y otra vez la misma sopa, nos la tomamos y la hacemos tomar a cucharaditas, la misma sopa que con los nombres más diferentes constituye todo el menú de la ciencia. Yo en toda mi vida apenas he tenido una idea y este enfermo del espíritu las produce por docenas.

-Lachmann, no toleraré que llames a mi hermano un enfermo del espíritu. Él está...

-Muerto, muerto según el deseo de su hermana. ¿Seguimos leyendo?

-Por supuesto que seguimos leyendo. Se sobrentiende que seguimos leyendo.

-Ágata, me asombras. Eres el decoro mismo, retiras la vista cuando ves venir al joven en traje de baño y preguntas al joven en la biblioteca si el libro que te da es moderno. “Porque debes saber jovencito -Lachmann trató de imitar la voz de Ágata-, que encuentro a estos poetastros a la moda horribles con sus chascarrillos, verdaderamente aburridos. Yo entiendo que ustedes los deben leer por obligación para su carrera. Pero a mí no me crea capaz de eso. A mí me parece malo si oigo el nombre de Strindberg o Suderman o incluso Casanova”

-Estás exagerando. Yo sé muy bien que Casanova está muerto desde hace mucho tiempo y a Strindberg ni lo he leído.

-Pero sí a Casanova en secreto.

-No, a ese no lo he leído. Aunque sólo lo leería en secreto. Aun en secreto se siente una culpable, bueno, a menos que una sea Augusto.

-O Albina. La encuentro crudamente sincera y -no puedo evitarlo- su carta me parece picante.

-Yo la encuentro hasta cochina, exageradamente cochina. Pero sus pañales no eran limpios tampoco, y aun así los lavé. Para los puros todo está puro. Para una madre su hijo nunca será cochino. ¡Fíjate en eso! Y ahora sigue leyendo:

“La noche siguiente a esa de las insistentes informaciones de los distintos tipos de Carlos, no pude dormir mucho y como soy de muy buena gana una esposa sumisa, pensé como es debido que lo había seducido totalmente. Refresqué todos mis recuerdos históricos y entonces me vinieron a la mente otros dos emperadores Carlos que yo le puse sobre la mesa a la mañana siguiente en el desayuno. Carlos Sexto -para mayor seguridad me fui a consultar una vez más el diccionario de conversación- es aquel de la sanción pragmática. No tenía hijos varones y fundamentalmente malgastó su vida para asegurar el trono a su hija María Teresa con mil y un acuerdos. Se lo he presentado ahora a mi gordo como el representante del Hombre-que-devendrá-esposa, como el hombre-madre hasta cierto punto, porque él es el VI, y Tomás insiste en que si no hubiera propiamente mujeres, sólo habrían nacido varones y a los varones malcriados -él quiere decir con ello una verdadera grosería sobre la que no quiere explayarse, porque yo debería saber por mí misma lo que es una grosería; y yo por supuesto lo sé-, a los varones malcriados el padre les cortará sin misericordia su sietecito, de tal manera que sólo les quede un horrendo agujero, un horrendo siete, un seis. Él llama a esto la castración y afirma que todos los hombres tienen complejo de castración. Sobre eso ha concebido algo con lo cual me tortura terriblemente. Se ha conseguido un inmenso cuchillo de carnicero que pone hasta arriba en su baúl y junto coloca un afilador, de buen acero, que parece una filosa daga hexagonal. Como según él yo me he portado muy mal -por supuesto, no como los niños malcriados, lo que ya no necesito hacer-, él se levanta con una cara que no es más que dos cejas con dos platicos azul-grises debajo, sostiene el cuchillo y el afilador, y afila el cuchillo. ‘A tu Tomasito le voy a cortar su cosita con todo lo que cuelga de ella’, dice él entonces y el miedo del afilador y el ir y venir del cuchillo son tan aterradores que yo inmediatamente me porto bien. Una vez traté de poner resistencia, pero entonces le vino, como dijo él, un deseo atávico de comer carne humana y me describió cómo mataba al niño, lo asaba y se lo comía. Pero a mí por penitencia me toca el bocado más grande que distingue entre el niño y la niña. Verdaderamente me vuelve loca con sus chismorreos”.

Ágata tenía la cabeza en los brazos y sollozaba: -La pobre niña. Ese hombre malvado. -Lachmann primero se había quedado mudo, pero después tomó el cuchillo del desayuno y el tenedor y dijo:- Si tú ya no quieres oír nada más, Ágata, yo puedo igual que Augusto arrancarle un pedazo al pecho del ganso de tu excelente desayuno -en ese momento, con movimientos majestuosos movió el filo del cuchillo en las puntas del tenedor, torció la boca abriéndola cuan ancha era y dejó caer la lengua larga larga, de tal manera que verdaderamente parecía un antropófago de Liliput. Por unos segundos le chorreó la baba de la boca. Ágata lo veía pasmada y luego soltó una carcajada: -Sigue leyendo.

Lachmann leyó: “Entonces al Pragmático Carlos -con el que me imagino siempre un jamón de Praga- me lo representé como al seis y deduje de ahí su destino de impotencia total: el nombre no le dejaba ninguna alternativa. ÉL estaba totalmente anonadado. No se había imaginado qué mujer tan temeraria tiene. Díselo al tío Lachmann que siempre me ha tenido por tonta e inferior”.

En ese momento, Ágata miró a su antiguo galán, le puso la mano en el brazo, ansiosa y con reproche. Lachmann estiró las comisuras de la boca hacia abajo y gruñó con fastidio: -Ah, a eso se le llama reclamación masculina. Sentimiento de inferioridad. Nunca me ha perdonado la cachetada que en buena hora le di cuando una vez no dejaba que le viera la garganta. Y ahora, a la carta.

“La imagen era tan violenta que yo creía que el Carlos castrado ya no podía ser superado, pero yo a mi vez me equivoqué. Yo LE dije, antes de que pudiera recobrar el juicio: ‘Tú sabes que Carlos VII, el bávaro, quien no pudo alegrar su vida y pataleaba de un lado para el otro sin orden ni concierto, ¡es el bichito que le cortaron a Carlos VI!’ Deberías haber visto: Tomás estaba totalmente fuera de sí, como nunca lo había visto. Me agarró y bailó conmigo por todo el cuarto, luego me soltó y alzó las piernas como un oso domesticado, primero una, luego otra, e hizo con los brazos los movimientos toscos que hacen ciertos animales, y hasta dolor de barriga me dio de tanta risa. Entonces salió corriendo y cuando regresó traía una camisita de niño y una caperucita en el brazo, sencillamente tierno, te digo. Y ÉL lo había comprado todo. ¡Él le había regalado al niño algo antes que yo! Lo besé. Bueno, pues desde entonces, cuando queremos hablar de las

cosas íntimas, necesitamos para lo más importante al emperador Carlos VII. Yo incluso lo he coronado; cómo, no lo diré. Además, desde esa mañana empecé a entender el complejo de castración. Yo lo imaginé en la infancia, y el gordo insiste en que es muy importante cuando yo dormía junto a ti en el cuarto, varias veces vi cómo tu falsa trenza...”

Lachmann levantó el rostro interrogante; estaba lo suficientemente insolente como para parecer irónico.

-A veces se pone uno falsas trenzas -dijo Ágata sin inmutarse en lo más mínimo.

“En las noches te la quitabas y la colgabas en la ventana para trenzarla en la mañana y luego prendértela otra vez. Eso siempre me pareció horrible, sin que yo sepa por qué. Él ahora me lo ha explicado: ‘Tú creíste entonces, por los recuerdos que tenías de cuando tu padre te cortó las trenzas, antes de eso, que las mujeres ya grandes las tenían desmontables, y que en el día se las ponían y en la noche se las quitaban y las colgaban en cualquier parte, cuidadosamente, tal y como lo hacía tu madre con la trenza falsa’. Estoy convencida de que él tiene razón”.

Ágata puso de nuevo la mano en el brazo de Lachmann para decirle que hiciera una pausa. Después de un largo rato retiró la mano y la lectura continuó.

“Como tú ves, mamá, no pueden estar mejor las cosas para tu hija, ÉL...”

-Bueno, ya esto es el colmo -interrumpió Lachmann.

-¿Qué pasa? ¿Por qué no sigues leyendo?

-Es que parece que la cosa se pone espinosa. Nada más escucha: “Ay, mamá, yo no debería haberle recordado esto; ahora todo está concluido. Ay, soy tan infeliz. Él está sentado en la cocina y yo... ay, yo quisiera morirme... junto con el pequeñito Tomás. El grande...”

En ese momento interrumpió la lectura un toquido y entró la bella Rottraut con un despacho en la mano. Cuando le dio a su ama el telegrama, lanzó una mirada amarga a la carta de Albina, le arrancó a su abominable fealdad una espantada sonrisita y dijo, con un silbido de su boca desdentada, apenas audible, algo tan fuera de lugar como una interrogación sobre la señorita Albina. Ágata no le hizo caso. Temblaba con todo el cuerpo y trataba de abrir el telegrama, lo cual no logró, porque según su costumbre quería romper el sello delicadamente, lo que no siempre es fácil.

-No pueden fusilarlo -murmuró ella-. No es más que un niño.

-Qué fusilar ni qué fusilar -exclamó Lachmann, agarró el telegrama y lo abrió con tanto ímpetu que lo dejó en dos pedazos-. Hoy en día ya no se fusila tan fácilmente -y entonces trató de juntar los pedazos.

-Está destrozado el hermoso telegrama -dijo Ágata desconsolada-, el hermoso telegrama.

-De Berlín -leyó Lachmann ansioso-. “Felices y enamorados...”

-Eso seguramente lo agregó ÉL -exclamó Ágata llorando y conteniendo una sonrisa al mismo tiempo.

-“Esperamos a ti y a Lachmann aquí en el Principado. Tomás-Albina”.

-Aquí culminan varias cosas. Una maldita rapazuela a quien la infunden tal pavor... Eso viene de respetar la reclamación masculina.

Ágata lo miró un momento sin entender y Lachmann mismo no podía señalar que quería decir en ese momento con lo de reclamación masculina. Entonces ella se irguió dignísima y dijo: -Mi hija no es una maldita rapazuela, sino una señora casada, con tu mejor amigo, y ella no se ha dado a otros hombres, ni siquiera con la reclamación masculina -y se dirigió a la puerta. Ahí se volvió y dijo-: Yo no sé qué quieres decir con esa idiota expresión de reclamación masculina. Parece que es otro insulto contra las mujeres. Pero ya no aguanto más -ella a su vez no aclaró qué no aguantaba más, porque en ese momento vio el rostro reluciente e irónico de Lachmann-: Voy a empacar para irme a Berlín. Tú harás bien en imitarme si quieres venir conmigo -habló y desapareció.

AL MISMO TIEMPO que la vieja pareja de enamorados, que el destino mal intencionado nunca unió, descifraba con sentimientos mudables la carta de Brujas, Tomás Mundete se encontraba sentado en el trono frente al espejo del baño en el Hotel “Corte del Príncipe”; no traía puestos sino una camisa y unos calzones.

Sostenía su cabeza erguida y un poco hacia atrás, y alargaba con semblante agrídulce el cuello desnudo y mal rasurado, como si a pesar de la amargura resultante, pidiera a su mujer que le cortara un poquito el pescuezo para convencerse de toda la contenida fuerza de su vocación. Albina estaba sentada sobre sus rodillas, ataviada con una de sus muchas camisas de encaje, y se mecía con diligencia y absorta en su juego con la espuma de la brocha de afeitar.

-ya habrán recibido nuestro telegrama -dijo Tomás e intentó observar con los ojos torcidos la punta de los pies de su joven esposa.

-Ah, el telegrama -Albina hizo pucheros-. No tengo muchos deseos de ver a mi madre, en verdad. Lo hemos pasado muy bien y ya verás que comenzará inmediatamente a sermonearnos.

-Eso es precisamente lo bueno con ella. Lástima que no te pueda ver sentada así.

Albina se bajó, intimidada, la camisa, lo que a él le permitió notar qué bien dotada estaba por la naturaleza, lo que uno capta de inmediato en las mujeres, arriba, como un sustituto de los ojos, si a uno le queda prohibida la visión más abajo.

Albina dio media vuelta sobre sus rodillas, de tal manera que le volvió el trasero, puso la bacía del jabón en el plato de la mesa del baño y movió tan enérgicamente la brocha en la taza que con ese solo movimiento se podía asegurar de quien era hija. -Me hubiera gustado verla cuando leía la carta. Le costó un par de cintas de sombrero. Así debió verse.

Apretó la boca y dejó caer la comisura de los labios; el parecido con la madre era tan grande que Tomás, quien seguía amorosamente, no obstante la impropia postura de su cabeza, cada movimiento de su esposa con singulares contorsiones del globo ocular, colocó defensivamente su ancha mano sobre el rostro de la mujer y dijo con reproche: -no más ágatas. Sé buena. Pero ahora tienes que enjabonarme; tienes que quitarme el músculo del pescuezo.

Albina se volvió hacia él de nuevo, lo sujetó por la nariz con la mano izquierda y levantó la brocha para enjabonarlo. De pronto comenzó a hacer visajes: -Uy, tienes otro grano -y, zás, lo azotó con la brocha en la nariz de tal manera que la espuma le goteó por la boca y la barbilla. Tomás se sobresaltó tanto que empujó la cabeza hacia el respaldo de la silla y, estirando el rostro y frotándose la nuca, dijo: El grano se da cuenta inmediatamente si tú me tratas mal; hace brotar las flores si a su señor le sucede algo malo.

-¿Algo malo? -preguntó Albina asombrada-. ¿Cuándo te he hecho yo algo malo?

-¿Cómo voy a saberlo? El grano lo sabe y se lo comunica a la nariz. A él debemos preguntarle.

Albina había vuelto a sujetar a su marido por la nariz: -Pregúntale y que te responda rápido. Porque si no, te retuerzo la zeta final de tu nariz, y ya verás que tendrás que andar por ahí avergonzado con una nariz de mujer.

Tomás puso una cara como si estuviera en la secundaria ante el pizarrón y tuviera que solucionar una construcción triangular ante la severa mirada de la poderosa Matemática: -Se me ocurre la palabra Brujas, y traición -se puso rígido como una vela, agarró a su mujer por la muñeca, retiró los dedos de Albina de su nariz y mirándola con ojos anonadados dijo: Tú desaprobaste lo que hice en Brujas, has tomado el partido de las chinches.

-No es cierto.

Tomás levantó el rostro de la mujer con su ancha mano, de tal manera que ella tenía que mirarlo a los ojos: -¿Te asombró lo que hice?

-¿Asombrarme? ¿Cuándo tú me dejaste sola en una tierra extraña? ¿Cuándo tú hiciste un escándalo totalmente innecesario y te portaste tan mal que te tuvieron que arrastrar a la delegación de policía? Estábamos a punto de salir de viaje; hubieras podido evitar los problemas y...

Tomás dejó caer con tristeza la mano de su mujer: Ahí viene otro, el grano ya oyó lo que ella dijo, que yo debería haber evitado los problemas -sus brazos cayeron, inertes, y dobló la cabeza, como bajo una pesada carga.

Albina se estrechó contra él, trató con una mano de levantar su cabeza y con la otra de acariciar suavemente su espalda y su mentón, sin darse cuenta de que con ello extendía aún más la espuma de jabón entre sus

labios.

-Mi pobre gordo. Tienes una mujer muy mala; peor voy a aprender. No tengo nada que ver con las chinches. Debes tener paciencia.

-Ustedes no entienden. Ni Lachmann, ni Ágata, ni tú, tú no entiendes nada tampoco, nada entiendes -a Albina le corrían las lágrimas por las mejillas y con voz apagada y quebrada le murmuró como una niña en la que se podía confiar-: Pero, querido; pero, querido... claro que entiendo.

Tomás levantó lentamente el rostro: -¿No me has visto la cara de loco? Mírame a los ojos. ¿No me has visto la cara de tonto?

Albina sintió que su destino dependía de la respuesta que diera a su pregunta: mirándolo ingenua y sinceramente -ya había aprendido que para mentir no hay que mirar las pupilas del otro sino el blanco de sus ojos- mintió: -Nunca te he tomado por loco.

Y su rostro se fue iluminando lentamente, mientras él la contemplaba, primero escrutadoramente, y luego cada vez con más ternura. -Yo tampoco lo soy. Mira, descubrí algo que todos los hombres conocen y que sin embargo nadie conoce, algo que revolucionará al pensamiento, que hará que el hombre sea hombre y que sin embargo nadie ha pensado. No te diré que lo pensé todo solo, porque está más allá del poder humano. Pero me iluminó, a veces con claridad, a veces con oscuridad, y esta luz...

-Se interrumpió y apretó con fuerza a su esposa contra su pecho.

-Cuando pones esa mirada tan profunda, amor, es como si todo estuviera tranquilo. -Albina murmuró a media voz-: Nunca he visto algo así.

Tomás le acarició dulcemente el cabello: -Así es, así es. Los humanos creemos que vivimos, pero no es cierto. Nos viven, y nada sucede que no deba suceder. Es una vieja verdad, según parece, sólo que nunca se ha entendido, nunca se ha vivido. Cuando pienso qué tanto me han sido, qué tanto he sido visto y qué feliz... Y cómo la paz me sigue adonde voy; cómo la tranquilidad y el contento irradian de mí sólo porque yo conozco y acato la fuerza que nos sostiene y nos vive -se calló y miró a su mujer como si lentamente y desde una larga lejanía algo estuviera regresando a él-: ¿Qué te pasa? -dijo él.

-Tengo frío.

-¿Cómo no vas a tener frío si el fuego divino sopló en el hombro y él tuvo miedo de quemarse? Y entonces él buscó todo lo que hubiera en él de frío, lo acercó y lo arrastró sobre la llama, llama que él siente pero no puede entender. Las fiebres son eso, los escalofríos. No le tengas miedo a la calentura de la vida, así no conocerás más el escalofrío y el fuego no te tocará. Entonces serás inmune, serás como Dios, es decir, serás tú misma. El temor es el patrimonio de los hombres y el miedo, su propio pecado. Piensa: yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos.

Albina lo estrechaba fuertemente; había escuchado con atención su voz y había contemplado su mirada. ¿Qué había dicho él? No lo entendió; pero ya no temblaba. Así pues, esto es el amor...

-Ya está pasando -dijo ella-. Qué lástima; amo tus ojos cuando miran tan extrañamente. Son como el mar.

-El mar es la madre. ¿Te contó Ágata de nuestra madre? -Albina movió la cabeza-: Un poco, no mucho.

Él volvió a acariciarle el cabello y murmuró a media voz, de tal manera que ella apenas pudo entenderle: -Tú eres mi madre; no necesito otra -y luego cambió el tono de voz-: Ya ves, eso también debe uno aprender, y quien está consciente de ello, lo aprende rápidamente, el 'muere y devén'. La traición, la desconfianza, éstas son las fuerzas vitales más profundas. Siempre traicionamos a nuestros seres más queridos; traicionamos a los mejores desde el principio y entonces nos pasamos toda la vida tratando de reencontrarlos, a aquellos a los que abandonamos traidoramente. Del padre, en cuyo testículo vivimos, nos desligamos, y huimos del ovario de la madre en busca de nuestra vida como seres humanos, con la ilusión de convertirnos en una Persona. Un Yo. Nos es cierto que ellos nos rechacen; somos nosotros mismos quienes los abandonamos. Los niños no son procreados, ellos mismos se procrean gracias a su propia perfección de poder, siguiendo a lo sin-nombre, a lo indeterminado, al Ello, que es de lo que ese poder vive. Los niños no son paridos, ellos nacen por sí mismos; las madres tienen que parirlos porque ellos las fuerzan. El hombre es una maravilla, el hombre es todopoderoso, y ¿quién puede dejar de temblar cuando siente esa sensación extraña por primera

vez? Todos los solitarios tiemblan ¿y qué más solitario que el hombre? El frío de esta soledad y la ausencia de amor que desde el principio traicionamos y que cada vez que los encontramos de nuevo volvemos a traicionar, la búsqueda del amor... Ya ves, madrecita, eso no se puede decir, apenas se puede sentir. Sólo pocos lo pueden sentir, y aun ellos, por momentos; pues de otra manera morirían. Tú debes dejar a tu padre y a tu madre y serle fiel a tu cónyuge. Debes dejar a tu padre y a tu madre y serle fiel a Albina. Ya ves, ésa es mi madre, éstos son mis hermanos.

Albina tembló y Tomás se dio cuenta. Él la apretó aún con más fuerza y después de un momento dijo: -Ahora tienes que enjabonarme. Quiero afeitarme.

Volver News-1 ALSF

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org -

